

M A D R I D

L A G L O R I A

Fué en una de las Exposiciones Caninas, bajo los castaños de Indias y los álamos del Retiro. Escuchábamos a la banda del Asilo de la Paloma las notas dulces, sentimentales, de «La Canción del olvido». Y nos acordábamos de aquellos días, un poco lejanos ya, en que Alvarez Arranz, el queridísimo amigo, era concejal delegado del Ayuntamiento en aquellas escuelas y talleres de Nuestra Señora de la Paloma, que son de lo mejor que tiene el Municipio madrileño.

Al terminar el número musical, preguntamos a uno de los artistas asilados:

—Oye, ¿qué es de Paquito García Pancorbo?

Paquito García Pancorbo era un inteligente muchacho que poseía un don singular, sorprendente: el de domesticar pájaros. Los educaba tan hábilmente, que obedecían a su palabra. Volaban a placer de rama en rama en los árboles, y cuando los llamaba Pancorbo, acudían sumisos a sus manos, a sus hombros, alrededor de él, y penetraban en la jaula que les presentaba. Nosotros quedamos encantados de aquello y dedicamos una crónica al extraordinario niño. Nuestro artículo conmovió a muchas personas caritativas de toda España y recibimos donativos importantes, que transmitimos al niño, abriéndole una cartilla en el Monte de Piedad.

Pancorbo tenía la ilusión de una bicicleta, y un ser generoso, que guardó el anónimo, le envió por nuestro conducto una magnífica. ¿Qué sería de Pancorbo? De aquí nuestra interrogación al asilado de la Paloma.

—¿Quiere usted saber lo que hace Pancorbo?—nos preguntó a su vez el simpático artista.

—Sí. ¿Dónde está? ¿A qué se dedica?

El pequeño músico se estremeció; nos contempló fijamente, notamos que palpité con fuerza, como si se representara en la mente al antiguo educador de gorriones y jilgueros. En el acento de sus palabras advertimos que admiraba con toda

su alma ingenua a Paquito García Pancorbo, que envidiaba profundamente su suerte. Sus palabras fueron éstas:

—Pancorbo es (y se llenó la boca diciéndolo), es.... nada menos que torero. El domingo toreó en la plaza de de Tetuán....

Algo parecido nos sucedió una noche calurosa de Julio en la verbena de Santiago de la Villa y Corte. Estábamos en un circo ambulante de lona y de tablas, departiendo a la luz de la luna y de las estrellas con la «Baturrica», intrépida domadora de leones, y un sujeto que se acercó a referir sus andanzas por Africa, sus aventuras, reales o fantásticas, en cacerías de fieras, para darse tono, exclamó en un inciso de su discurso de charlatán de plazuela:

—Yo.... no soy cualquier cosa, yo pude ser....

¿Qué hubiera podido ser aquel hombre que surgió en el nocturno verbenero como un fantasma y comenzó a relatar episodios de su vida andariega ante la media docena de personas que le oíamos? ¿Nos encontrábamos al pie de un gran artista fracasado, de un ex reyezuelo de un país desconocido del continente africano, de un inventor prodigioso, del prometido de una multimillonaria yanqui?

—¿Qué pudo usted ser, señor?—preguntamos, intrigados, al individuo de referencia.

—Pues.... puede ser.... Míreme, caballero, nos dijo, queriéndonos decir que le admiráramos....

—¿Qué?

—Pues.... torero.

Decididamente, a pesar de las campañas, tan dignas de aplauso, de Eugenio Noel, eso de ser torero constituye la más alta gloria.

ALBERTO DE SEGOVIA

Madrid.

